

## educación de la esposa e hijos en homenaje memoria.

---

### LA EDUCACION DE LOS ADULTOS EN INGLATERRA

La educación de los adultos es hoy, en Inglaterra, un grave problema. Todos quieren resolverlo de acuerdo con los principios que caracterizan las diversas corrientes de la opinión pública. Los unos ven en él una consecuencia directa de la reforma fundamental que ha llevado a cabo la ley Fisher de 1918, sin asignarle mayor importancia que la de ser un complemento necesario de la instrucción elemental; los otros, especialmente en los centros universitarios de Oxford y de Cambridge, la encaran como un tema de extensión cultural destinada a poner al alcance de los obreros, de los pequeños rentistas, de los empleados de comercio y de la administración, las nociones generales de los más opuestos conocimientos, ciencias del hombre y de la naturaleza, artes, literaturas antiguas y modernas, etc.; los otros, en cambio, piden una transformación de fondo, que haga de la enseñanza de los adultos el eje principal sobre el que debe asentarse la nueva política educativa del estado.

Esta última corriente es la que hoy se debate más en los centros educacionales de Inglaterra. Personajes tan eminentes como Lord Haldane han llegado a decir que las universidades tienen la obligación de considerar como una de sus tareas más esenciales la de la educación de los adultos, por medio de una amplia difusión de las materias que hasta ahora han constituido su característica más importante. A su vez, The Workers' Educational Association ha indicado netamente cuáles son, en ese sentido, los puntos principales que deben ser tenidos en cuenta por las Universidades para que sea una realidad la educación de los adultos. Según lo establece en

su disposición primera el memorándum de las aspiraciones de esa asociación de obreros enrolados bajo la bandera del laborismo; “la provisión de una educación liberal para adultos debería ser considerada por las universidades como una parte normal y necesaria de sus funciones, aplicando, en consecuencia, para llenar ese propósito, una mayor proporción de sus rentas”. Y en su disposición novena, se concreta claramente su pensamiento, en la siguiente forma que demuestra cómo esa aspiración del proletariado inglés no se limita sólo a desear una difusión de enseñanzas superficiales o de ocasión: “Es esencial que deben existir las mayores oportunidades para facilitar a los adultos el estudio en las Universidades durante largos o cortos períodos. Las Summer Schools (Escuelas de verano o de vacaciones que funcionan desde hace tiempo en algunas casas de altos estudios universitarios) deben ser extendidas y preparadas en forma como para ofrecer a los estudiantes no oficiales (extra-mural students) las oportunidades necesarias para estudiar durante todo el año, proveyendo los medios para que cursen en ellas los modestos empleados municipales, maestros,” etc.

Sin embargo, ya este mismo programa de propósitos, que resultaría extraordinario e inconcebible en el medio universitario argentino, viene a ser deficiente y hasta inconveniente a juicio de ciertos centros laboristas más avanzados. Según ellos, la universidad no puede ser la institución que difunda la verdadera cultura técnica y moral que el pueblo tiene el derecho de exigir. Ella es una de las grandes fuerzas de resistencia de las clases conservadoras de la sociedad. Su personal directivo y docente, sus métodos de enseñanza, su enseñanza misma, tienen por fin principal defender el pasado capitalista de los avances constantes de las clases trabajadoras de la población; en consecuencia, ellas no pueden estar en condiciones de guiar al pueblo inglés por el derrotero que le señalan las nuevas orientaciones del mundo. La Universidad debe ser dejada de lado o transformada por completo. De otra manera, su espíritu arcaico amenaza infiltrarse en el cerebro de las clases inferiores de la población, dificultando así su marcha hacia la conquista progresiva de sus derechos económicos y culturales.

Por exagerado que sea o parezca ser este criterio, él res-

ponde estrictamente a la gran renovación educacional que en estos momentos agita a las clases directivas y proletarias de Inglaterra. La vieja Universidad medioeval que tenía a orgullo decir que la batalla de Waterloo había sido ganada en las canchas de juego de Eton, a pesar de estarse transformando rápidamente, no puede ser considerada por los espíritus más avanzados del laborismo como una institución que esté en condiciones normales de dar a todo el pueblo una educación que hasta ahora sólo había beneficiado a los estudiantes inscriptos en sus colegios más o menos aristocráticos. Ellos no la ven sinó como una pertenencia casi exclusiva de las clases dirigentes de la sociedad. Confunden lo que sólo fué un signo de los tiempos, en que las únicas personas que buscaban la cultura general eran los hijos de las clases ricas o acomodadas, con lo que ellos ven como una modalidad esencial de la época actual, esto es, la aspiración del proletariado hacia el conocimiento universal; y de esa confusión derivan consecuencias que están muy lejos de ajustarse a la realidad. Es, como se ve, más que nada, una tesis de combate. Se olvidan de que la universidad no podía abrirse al pueblo en momentos en que en el pueblo, por razones económicas, por razones sociales, por razones políticas, no veía en ellas nada que fuera un ideal para sí mismo. La universidad, más que de las contribuciones del estado, vivía de la munificencia de sus ex-alumnos. Daba la cultura clásica característica que exigían de ella las clases superiores que frecuentaban sus aulas. Aspiraba a formar los hombres de gobierno o de administración que respondían a las necesidades sociales del tiempo. Pero, ello no significaba en manera alguna que haya aspirado a ser un baluarte de defensa de las viejas ideas del conservatismo inglés. Fué lo que debió, lo que pudo ser en un momento dado; nada más. Y la prueba de ello es que hoy se transforma, se abre a la nueva vida, se encauza por sí misma en tendencias que han nacido de su propio seno, mucho antese de que se convirtieran en una aspiración de los congresos laboristas de 1919 y de 1920.

Nada más significativo, en este sentido, que lo que opinan algunas autoridades universitarias. En un libro que acaba de ser editado por Mr. John Parry, Vice-master del Trinity College en Cambridge, con el título de "Cambridge Essays

on Adult Education”, se dicen cosas que señalan con toda precisión como encaran los centros universitarios ingleses el problema capital de la enseñanza de los adultos. Así, Mr. Marsbridge afirma que: “una universidad debe extender hacia el exterior sus raíces y sus ramas. No puede ser jamás una sociedad cerrada. El día de los patrones ha pasado; hoy es el amanecer del día que será de todo el pueblo”. ¿No es esto mismo lo que ha pretendido decir The Workers’ Educational Association? Las voces que reclaman, desde abajo, una más completa y más general participación en los beneficios de la cultura, suenan al unísono con las voces más autorizadas que salen espontáneamente de las universidades. Por eso, ciertos esfuerzos de algunos círculos laboristas, aparecen como exagerados. Desconfían de la universidad, viendo en ella sólo el viejo molde de la sociedad capitalista, y, en consecuencia, pretenden lograr la realización de su ideal por vías nuevas, completamente desvinculadas del organismo universitario tradicional. Así han nacido dos instituciones educacionales, netamente laboristas, The Labour College y The Plebs League. Ambas están dirigidas y sostenidas por las clases trabajadoras que aspiran a hacer de ellas centros de estudios adecuados a las necesidades del presente y que no se basen en los principios del sistema económico que ellas combaten en la organización política de la sociedad actual. Y aunque por el momento, sólo pretendan comprender cursos cíclicos de materias preferentemente económicas e industriales, ya comienza a aparecer en ellas una tendencia marcada a convertirse en centros de estudios superiores, en los cuales pueda adquirirse una cultura general no viciada por dogmatismos ni por influencias conservadoras.

Todo esto demuestra una real transformación de valores educacionales en Inglaterra. El Board of Education, que tiene a su cargo la aplicación progresiva de la ley de 1918, las universidades, los congresos laboristas, las voces sueltas de la prensa, de los meetings religiosos o políticos, tienen como propósito fundamental, paralelamente al vasto problema de la reforma general de la educación pública, el de la enseñanza de los adultos. Y no como sucede entre nosotros, por ejemplo, como un medio de destruir el analfabetismo, sino como un objetivo básico de alta cultura popular. El partido laborista

inglés, las autoridades administrativas y universitarias, han podido apreciar a fondo, a causa del enorme sacudimiento social producido por la guerra, los graves peligros que entrañara para la nación la falta de una educación técnica y general en las masas trabajadoras de la población. De ahí que al mismo tiempo que en el momento más terrible y más crítico de la guerra, en pleno año 1918, se redactaba y se discutía la gran ley que ha venido a transformar la esencia y la organización de las instituciones educacionales, hayan surgido nuevos ideales de renovación intelectual en las clases adultas de la sociedad. Era que el remedio no consistía en aprender a leer y a escribir sinó en estar preparado para la solución de los problemas angustiosos que plantearía la terminación de la guerra. El estado no podía desentenderse del futuro del ciudadano, una vez que éste hubiera cursado toda o una parte de la escuela primaria. La cultura general o el perfeccionamiento técnico eran derechos de todos los hombres, ya que todos contribuían al sostenimiento de los institutos superiores de enseñanza clásica, técnica o profesional. Por eso, nadie planteó el caso en Inglaterra como un problema simple de alfabetismo, sino como la necesidad de una vasta y trascendental reforma.

Que ella se realice o no, es cosa que sólo el tiempo dirá. De la lucha de tendencias diversas que hoy existen, algo importante se logrará, sin embargo. Porque todo no consiste en desear y en resolver. Los congresos, las asociaciones laboristas no piden sólo cultura, sinó también los medios financieros necesarios para adquirir adecuadamente la cultura. En efecto, a un obrero no le basta saber que en una Universidad lejana hay cursos que él puede seguir para alcanzar una mayor ilustración técnica o general, por cuanto sabe también que la vida es cara en Oxford y que una estadía en sus colegios requiere gastos considerables e implica falta de salario durante una temporada más o menos larga. En consecuencia, el problema de la educación de los adultos no se soluciona con solo abrir a todo el mundo las puertas de las Summer Schools universitarias, sinó con una contribución del estado que permita a los obreros o a los pequeños empleados costearse esa educación superior en forma cómoda para su familia y para él. Pero, como esa contribución, a su vez, tiene que ser, de parte del estado, consi-

derablemente muy grande, ella ha de pesar sobre el pueblo en forma de nuevos impuestos. La cuestión, así, de puramente cultural, se convierte en económica. ¿Puede pretender resolverla el estado, dentro de sus medios actuales? Es menester tener en cuenta lo que ella significa. A los enormes gastos soportados por la Gran Bretaña durante la guerra, viene a agregarse ahora el mayor costo de la educación, que en dos años, de 1918 a 1920 ha aumentado en 26 millones de libras esterlinas. Esto, que demuestra a las claras como la nación británica encara la solución del problema de la instrucción primaria, indica, al mismo tiempo la enormidad de las sumas que sería necesario invertir para costear la enseñanza de los adultos en la forma que parecen exigirlo las corrientes manifiestas de la opinión pública. ¿Será posible que haya dinero para tanto?

La cuestión es de una gravedad extrema. El partido laborista no pide sólo una instrucción de primeras letras para los adultos. En un opúsculo que acaba de publicar al respecto *The Workers' Educational Association*, se establecen netamente sus propósitos esenciales. Las autoridades escolares locales, se dice en él, deben considerar la necesidad de dar ayuda a la educación de los adultos, como si ello fuera una parte integrante de sus deberes, lo mismo que tratar de incluir secciones especiales para ella en sus planes educacionales. Se recomienda el establecimiento de institutos no vocacionales, en forma tal que sus rasgos más significativos sean los de acordar preferencia a ejercitaciones recreativas y sociales, como también música, dramática, danzas y modalidades artísticas. Los colegios a los que se destinen subvenciones del Board of Education, deben ofrecer facilidades para el estudio de la Literatura, de la Historia y de las Ciencias Económicas. Para los distritos de campaña, la cuestión se complica. Se afirma que el problema rural es esencialmente un problema de nueva creación de la comunidad rural, desarrollando nuevas condiciones sociales y una nueva cultura. Se necesitan institutos de aldea, de propiedad municipal, y que tengan grandes salas que sirvan para meetings, conciertos, lecturas, actos dramáticos y pequeñas habitaciones para aulas, etc., calculándose que la contribución del estado para que pueda llevarse a cabo esta idea ha de exceder en mucho de cinco millones de libras. En

cuanto a los objetivos educacionales de estos centros de campaña, ellos son complejos, pues según los que los planean, no solamente han de referirse a las materias comunes, Historia, Economía, Ciencia y Literatura, sino también, como en las ciudades, a finalidades de arte y de adorno artístico. Debe hacerse un esfuerzo máximo para desarrollar las facultades dramáticas de apreciación y de expresión que existen en forma latente en la población rural, lo mismo que para conseguir que se realicen excursiones periódicas de buenos actores. Las ciudades y las aldeas más importantes deberían ser los focos de la obra educacional que se consolidará y se coordinará por la acción de organizaciones directivas de carácter voluntario y libre.

Y como si todo esto fuera poco, he aquí que el reciente Congreso de las Trades Union que acaba de celebrarse en Portsmouth, después de haber manifestado por medio de uno de sus miembros más conspicuos que: “la cuestión educacional era la más importante de todas las que tenía que considerar”, resolvió votar por unanimidad la siguiente proposición, que “la ley de educación (esto es la llamada ley Fisher de 1918), debería ser reformada en el sentido de establecer que todo niño en condiciones, que desee ingresar en la segunda enseñanza, debería poder adquirirla juntamente con una pensión”.

Este gran movimiento en favor de la mayor cultura general del pueblo, que también se puede observar en Alemania, es uno de los signos más característicos de los tiempos que han sucedido a la guerra. Son, por así decirlo, nuevas corrientes que modifican los viejos conceptos de la educación clásica. Antes, nadie consideraba necesario modificar las divisiones tradicionales de las escuelas, clasificadas en primarias, secundarias, técnicas, profesionales, universitarias. El obrero, el pequeño empleado, tenían bastante, y aún de sobra, con el ciclo completo de la escuela elemental. Hoy semejante criterio se ha modificado sustancialmente. La educación completa es un derecho de todos. El estado no puede sostener que su misión ha terminado cuando da a un niño la enseñanza primaria. Nuevas necesidades exigen nuevos sistemas. Las universidades pueden seguir siendo un centro de altos estudios para un grupo restringido de las clases acomodadas, pero, deben también abrir sus puertas para que todo el que quiera, esté en condiciones

de ir a ellas, por los menos en los meses de vacaciones, para adquirir mayores conocimientos culturales. Y lo mismo debe suceder con la enseñanza secundaria. Ayer, ésta era sólo una faz intermediaria en la carrera de los educandos que se dedicarían a seguir los cursos superiores de una universidad; hoy es una institución que ha de dar cabida a todo niño que desee frecuentarla, para lo cual el estado debe proveer a su mantenimiento en ella por medio de pensiones regulares.

¿Todo esto significa una renovación completa de los valores educacionales? Tal vez. Lo que sí es seguro es que la enorme guerra de 1914-1918, no puede haber pasado impunemente por el mundo. Antes de que ella estallara, era posible hablar de la educación de las masas populares como un ideal que terminaba en los bancos de la escuela primaria o en el más perfecto manejo de las herramientas de trabajo. Sobre las naciones reinaba la paz, la tranquilidad, la estabilidad indefinida de todo lo existente. El hombre era un ser domesticado por las costumbres suaves y uniformes que se propagaban desde el centro a la periferia de cada una de las grandes naciones civilizadas de Europa. Se iba lentamente en pos de la felicidad universal. Los sabios, los profesores de pedagogía, los maestros, los periodistas, los literatos hablaban de los beneficios de la educación y de la inmensa trascendencia de sus ideales sociales. Cuando mirábamos hacia atrás, y veíamos a un siglo apenas de distancia los campos de batalla de Napoleón, nos parecía que una eternidad separaba nuestro mundo plácido de aquel mundo de sangre y de fuego...

Sin embargo, en la paz infinita de la noche rompe a tronar de repente el cañón de la guerra. Y todos los ideales se derrumban, como si no fueran otra cosa que un ilusorio castillo de naipes. Nada queda de los viejos programas de la filosofía tradicional. El hombre, que parecía domesticado para siempre por las blandicias de la vida burguesa, se hunde en las trincheras, vuela por los aires, navega bajo las aguas del océano y cierra su inteligencia para todo lo que no sea odio y muerte. ¿Para qué habrán servido cien años de educación en que sólo se había enseñado lo contrario de lo que la guerra revelaba en el fondo misterioso y salvaje del alma del hombre? He aquí el problema pavoroso que están viendo en su catastrófica realidad los pocos cerebros sanos de Europa, los



hombres que han visto nacer una luz de esperanza en medio del horror de la contienda.

Es menester asentar la educación del mundo sobre nuevas bases. Debe morir la escuela que sólo enseña a instruirse y a ser un perfecto instrumento de trabajo. Dar al hombre aptitudes técnicas, profesionales, exclusivamente, habrá sido muy útil para forjar la riqueza económica de ciertas naciones, pero, con ello no se ha logrado hacer mejor al hombre, ni darle las fuerzas necesarias para que pueda oponerse a todo lo que disminuya la característica esencial de su ser, que es su propia personalidad. ¿Para qué han servido al mundo las mil escuelas que enseñaban al obrero en Europa los más admirables perfeccionamientos de las máquinas y de los cultivos agrícolas? Nada más que para alargar durante cuatro años y medio la más espantosa carnicería de la historia humana. ¿Será un ideal volver a comenzar de nuevo, sembrando las mismas semillas en el mismo surco?

He aquí lo que parecen haber comprendido algunos hombres que sueñan en Europa con una renovación de los valores morales del mundo. Malgastar las fuerzas vivas de los pueblos con el único propósito de hacerlos servir para el engrandecimiento de un régimen asentado en la injusticia enorme del capitalismo industrial o encenderlos en odio para asentar sobre la tierra una nueva organización que haga de la humanidad un inmenso rebaño comunista en que la única aspiración sea trabajar para el estado con el fin de ser alimentado por el estado, es hacer del mundo un infierno sobre la tierra. Y no puede ser así, porque no se reforma la humanidad ni se curan sus males con leyes ni con programas económicos. La transformación ha de venir de adentro, del hombre mismo, si es que viene.

Por eso es tan interesante el movimiento cultural que se está iniciando tan vigorosamente en Inglaterra. La educación de los adultos, realizada con un criterio que no es el del simple alfabetismo primario ni el del perfeccionamiento técnico del obrero, se considera como un ideal destinado a transformar las bases tradicionales de la sociedad. Ésta debe dar a todo hombre los medios necesarios para elevarse en cultura general, sin trabas de ninguna clase. Escuelas, Colegios, Universidades, deben estar a su alcance, no para ser un esclavo más

apto de los capitalistas o de un estado comunista, sinó para que llegue a adquirir los atributos que forman el concepto integral de la idea de hombre. De su posesión por el mayor número posible de individuos, nacerá una sociedad mejor. Pero, esa posesión no ha de ser, como hasta ahora, una simple apariencia externa, como un barniz sobre una madera tosca, sinó una verdadera adquisición que se incorpore al patrimonio espiritual de cada uno, como incorpora los jugos de la tierra la planta que se abre en flor. Así se está encarando en Inglaterra este grave problema de renovación de valores éticos. La universidad baja hacia el pueblo y el pueblo sube hacia la universidad. De esta manera, hay derecho a creer que el resultado será lo más adecuado posible a las exigencias culturales del presente.

JUAN P. RAMOS.

Buenos Aires, Diciembre 6 de 1920.